

Notas, Textos y Comentarios

Dos maneras de interpretar la encíclica «Haurietis aquas»

El título quizás promete más de lo que pretendemos. Por esto nos apresuramos a concretar nuestro pensamiento. En 1956 enviaba Pío XII a toda la Cristiandad la Encíclica *Haurietis Aquas* con la que deseaba reavivar la devoción al Corazón de Jesús y poner de manifiesto que tal devoción era cara a la Iglesia y que correspondía también a los tiempos modernos. Esta Encíclica venía a ser el más elocuente panegírico de la devoción al Sagrado Corazón y la mejor apología de la misma.

Muy pronto aparecieron comentarios más o menos completos de esta Encíclica y con ellos las posiciones dentro del campo católico. Como es natural, todos celebraban la oportunidad y el relieve de este documento de Pío XII; pero al mismo tiempo manifestaban discrepancias sobre el modo de enfocar algunas cuestiones o de interpretar algunos textos.

Esta discrepancia apareció marcada al referirse al objeto del culto al Corazón de Jesús. Salieron inmediatamente a relucir las cuestiones sobre el símbolo, la imagen, el objeto material y el formal, etc. En parte se complicó, el ya embrollado sistema terminológico, con los nuevos términos empleados por el Sumo Pontífice. Uno de los primeros que se lanzó al campo de la exploración de la Encíclica fue el P. José Calveras, S. J., bien conocido de cuantos han estudiado este tema. Sus estudios profundos en la materia se han ido abriendo camino, aun cuando al principio chocaron algo; y la sólida documentación que ha aducido continuamente y la fuerte argumentación con que ha probado sus aserciones (que parecerían a veces sutilezas) le han conquistado una autoridad, que hoy día nadie le disputa ¹.

Otro comentario, en forma de homenaje a Pío XII, redactado por diversas firmas de prestigio, lo constituyen los dos tomos de «*Cor Jesu*» ². Entre los trabajos de esta obra uno es el del P. José Filogras-

¹ J. CALVERAS, *La Encíclica «Haurietis Aquas» sobre el culto y devoción al Corazón de Jesús*. Editorial Balmes, Barcelona (1958), p. 222.

² COR JESU, *Commentationes in litteras encyclicas Pii Papae XII «Haurietis aquas»*. Roma, 1959, tt. 1 y 2. Cf. EstEcl 36 (1961), 187-194.

si, S. J., sobre el objeto del culto al Corazón de Jesús según la Encíclica³. El benemérito Profesor de la Universidad Gregoriana recorre los textos de la Encíclica y los comenta según una cierta división de capítulos ajustada a la manera tradicional de proponer el objeto del culto al Sagrado Corazón: a) Corazón físico, símbolo del amor de Cristo; b) corazón símbolo de los tres amores de Cristo; c) observaciones sobre estos tres amores. Además, las relaciones del Corazón físico de Jesús con el amor de la Santísima Trinidad, la obra de la Redención, y la Persona de Cristo, que exceden el ámbito de la concepción corriente y son puntos tocados por la Encíclica, dan lugar a otros tres apartados. En las conclusiones resume lo estudiado en cada capítulo, y al fin, enumera los elementos, que según la Encíclica, comprende el objeto completo del culto al Corazón de Jesús: Persona divina de Cristo, amor divino común al Padre y al Espíritu Santo, el mismo amor a la Santísima Trinidad, amor espiritual humano y amor humano sensible de Cristo, toda la vida interior de Cristo hombre, en cuanto el corazón físico está como informado del amor divino y humano, este mismo corazón por el cual se nos representa y pone ante los ojos todo el amor con que el Verbo Encarnado nos ha amado.

Por su parte el P. Calveras da una exposición algo más completa de la Encíclica, pero se detiene mucho en lo que se refiere al objeto de la devoción al Corazón de Jesús, tanto que se podría decir que es casi lo principal de su escrito. Suponemos que muchos conocen la opinión del P. Calveras, pero creemos que no estará de más describirla brevemente por lo que tiene de oposición con la llamada tradicional.

Muchos (el P. Filograssi es un representante de ellos, y por esto lo hemos escogido) dicen que la imagen del corazón, que suele pintarse sobre el pecho de Cristo, es un *símbolo del corazón de carne*, y con él va representada también toda la vida afectiva de Cristo, etc. El P. Calveras, por el contrario, afirma que la imagen pintada *no es símbolo del corazón de carne*, sino solamente de la vida afectiva, etc., de Cristo.

Estas dos posturas podrán parecer caprichosas, y muchos creerán que se trata de meras sutilezas escolásticas, propias de otros tiempos. Cierto es que algo hay de sutileza en este modo de hablar, pero también es cierto que la precisión de conceptos puede dar mucha luz a la verdad. La diferencia de ambas concepciones, por lo que hace a la práctica, tiene sus consecuencias: para el P. Filograssi se podrá dar culto al Corazón de Jesús sin necesidad de representar su imagen (la del corazón) externamente; puesto que siendo el corazón, externamente representado, un mero símbolo del corazón físico, no es más que una

³ G. FILOGRASSI, S. J., *De obiecto cultus SS. Cordis Jesu in litteris encyclicis «Haurietis aquas»*. En COR JESU, t. 1, pp. 95-114.

parte externa del culto, mientras que se puede dar culto perfecto al corazón de Jesús considerando solamente la vida afectiva de Cristo, la cual no está simbolizada directamente por el corazón de carne.

Por el contrario el P. Calveras sostiene que la sola imagen de Cristo, sin el corazón visible, da la idea de la vida de Jesús, de sus dos naturaleza hipostáticamente unidas, etc., pero no representa *precisamente* la vida afectiva de Cristo, que es aquello a que atiende la devoción al Corazón de Jesús. Por tanto quien no representa la imagen externa del corazón sobre el pecho de Cristo, no da externamente culto al Corazón de Jesús.

Nótese bien la diferencia de estas dos posiciones: No niegan que se pueda dar culto interno al Corazón de Jesús si se prescinde de su imagen, sino que atienden al simbolismo que la imagen como tal refiere. Es evidente que ante la imagen del niño Jesús, por ejemplo, envuelto en pañales, se puede considerar el amor que Jesús nos manifestó al querer nacer en la cueva, etc. Con ello tributamos culto al Corazón de Jesús ciertamente. Pero la imagen del Niño Jesús sin su corazón externamente representado, será para unos y no lo será para otros, la representación del amor de Jesús y de su vida afectiva.

Determinadas así las dos posiciones, examinemos un poco qué parece indicar la mencionada Encíclica, en que todos quieren fundarse.

Ante todo tengamos en cuenta que no nos encontramos ante ninguna declaración oficial ni oficiosa de la mente de Pío XII; pues el hecho de que se le ofrezca como homenaje un estudio determinado, no quiere decir que la interpretación de las palabras del Papa sea auténtica u oficiosa. De lo contrario no nos habríamos ocupado en redactar estas páginas.

1. DE QUÉ CORAZÓN HABLA LA ENCÍCLICA «HAURIETIS AQUAS»

Si la expresión «corazón de Jesús», hablando de una parte de su Persona, no tiene más sentido que el de corazón físico y éste entendido del miembro corporal separado, aunque vivo y respondiendo a los movimientos de la vida afectiva, y si a este único sujeto de atribución se han de referir todas las actuaciones afectivas de Cristo mencionadas en la Encíclica, en cuanto que las simboliza o que le informan; habrá que restringir, seguramente, las expresiones que el Papa emplea y, a veces, será muy difícil entenderlas. Porque:

a) La misma expresión «corazón físico», que repetidamente emplea la Encíclica, no pocas veces vale por el mismo apetito sensitivo. En efecto, ésta atribuye al corazón físico todos los sentimientos sensibles: «Podemos concebir las estrechísimas relaciones que existen entre *el amor sensible del corazón físico* de Jesús, y su doble amor espiritual, a saber, el humano y el divino» (344). Aquí es claro que el amor sensible de Jesús se contrapone al amor espiritual doble, y se atribuye a su corazón físico. En el corazón de carne reconoce en otro lugar la capa-

cidad de sufrir: «El Verbo de Dios haya asumido una naturaleza humana» verdadera, y se haya plasmado y como modelado *un corazón de carne*, que no menos que el nuestro, fuese *capaz de sufrir y ser traspasado*» (324). La frase «un corazón capaz de sufrir y ser traspasado» supone dos modalidades en el corazón: una corporal, para recibir la herida de la lanza, y otra psíquica para sufrir. Esta, que se atribuye aquí al corazón de carne, no se da en el corazón físico tomado por sólo el músculo motor de la circulación de la sangre, que carece de centros nerviosos sensitivos. A fin de salvar la verdad real, y no sólo la manera popular de hablar, en estos dos pasajes de la Encíclica, hay que entender por corazón de carne y corazón físico algo más que el puro músculo, a saber, la misma capacidad sensitiva completa, compuesta del apetito sensitivo y del corazón de carne como órgano suyo complementario para la reacción orgánica que acompaña a los sentimientos sensibles. Y tal es precisamente el pensamiento del autor, quien, en otros sitios, llama a dicha facultad corazón físico.

Esto parece más cierto, si se fija la atención en las varias enumeraciones que en el texto se dan de los actos y de las potencias o facultades que intervienen en la vida afectiva del Salvador, las cuales forman el llamado corazón afectivo o ético por varios autores.

La naturaleza humana, que el Verbo juntó consigo... «provista de entendimiento y *voluntad* y de las demás facultades cognoscitivas internas y externas, asimismo del *apetito sensitivo* y todas las conmociones naturales» (323). «El Corazón de nuestro Redentor, vivo y dotado de la *capacidad de sentir*, no menos que el nuestro, palpitando y vibrando... por la ardentísima caridad de su *doble voluntad*» (327). Nótese aquí la *capacidad de sentir* atribuida otra vez al Corazón del Redentor. Otra enumeración todavía: «aquella ardentísima caridad, que enriquece la *voluntad humana de Cristo*... su afecto sensible, ya que el cuerpo de Cristo... goza de perfectísima *capacidad de sentir* y percibir» (328). En estas tres enumeraciones se habla de la voluntad humana de Cristo (y en una de ellas también de la divina), y del apetito sensitivo, o de la capacidad de sentir que se atribuye al Corazón del Redentor.

En otros pasajes, en vez del apetito sensitivo se habla del corazón físico o simplemente del corazón en oposición a la voluntad. Veamos unos cuantos casos: «De una cosa corporal, como es el *Corazón de Jesucristo*... nos es concedido subir a contemplar su *amor sensible*... y a adorar su altísimo *amor infuso*... y el *amor divino* del Verbo encarnado, ya que podemos concebir las estrechas relaciones que existen entre el *amor sensible* del *Corazón físico* de Jesús y el *doble amor espiritual*, a saber, el *humano y el divino*» (343, 344). Tenemos, en este importante lugar, el amor sensible de Jesús atribuido a su *corazón físico*, o a su *corazón*, como cosa sensible, en contraposición a su amor espiritual humano y divino, que radica en su doble voluntad humana y divina del Verbo Encarnado. Manifiestamente el corazón físico está aquí por la

capacidad de sentir sensible, o apetito sensitivo a que pertenece el amor sensible.

Todavía en otro pasaje es clara esta sustitución. Al dar razón la Encíclica de por qué entra también, en el culto del amor divino y humano del Corazón de Jesús, el culto del amor con que a la vez el Padre celestial y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores, da por razón la enseñanza del Doctor Angélico, según el cual, «la caridad de la Trinidad Augusta es principio de nuestra redención en cuanto rebosando copiosamente en *la voluntad humana* de Jesucristo y en su *adorable Corazón*, la indujo, movido de la misma caridad, a derramar su sangre para redimirnos» (338)⁴. La caridad divina rebosó copiosamente primero en la voluntad humana y después en la sensibilidad o apetito sensitivo de Jesús, para impresionarlos favorablemente, y así mover a Jesucristo a derramar su sangre. El corazón físico material estuvo fuera de esta maravillosa acción de la divina caridad. Por tanto, cuando la Encíclica describe tal intervención descendiendo de la voluntad humana de Cristo a su adorable corazón, se ha de referir necesariamente a su capacidad de sentir o apetito sensitivo.

Una observación importante conviene hacer aquí. La Encíclica habla del Corazón físico o simplemente del Corazón de Jesús en relación con su culto, dejando aparte la razón de símbolo. Le atribuye el amor o afecto sensible, lo mismo que a su capacidad de sentir o apetito sensitivo, en razón de cosa propia suya, como su asiento y principio. Lo cual no es afirmar que el corazón de carne sea el órgano elicitivo del amor sensible, como pretendió en otro tiempo el P. Gallifet, y ahora lo hace resaltar el P. Filograssi⁵; porque la Encíclica habla en estos casos del apetito sensitivo y no del miembro corporal tomado en sí mismo sin conexión con dicho apetito.

b) Por Corazón de Jesús entiende la Encíclica, muy de ordinario, lo que la palabra corazón en la Sagrada Escritura y en el lenguaje corriente significa, hablando en sentido ético o afectivo, lo que entendía el mismo Jesús en el Evangelio, cuando decía: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»⁶, o que «del corazón salen los malos pensamientos»⁷, a saber, la voluntad y la sensibilidad, fuente y asiento del amor y demás sentimientos espirituales y sensibles.

En efecto, cuando, al terminar la parte positiva doctrinal, pasa la Encíclica a definir el objeto del culto, escribe: «Nada prohíbe que adoremos al Sacratísimo Corazón de Jesucristo como partícipe que es de la caridad inexhausta en que arde nuestro divino Redentor, aún hoy, para con el linaje de los hombres» (336). Corazón partícipe de la cari-

⁴ 3, q. 48, a. 5.

⁵ COR JESU, 113.

⁶ Mt 11, 29.

⁷ Mt 15, 19.

dad inexhausta del Redentor será aquel en que esta caridad resida, y este no es el corazón de carne. Menos todavía pueden entenderse de tal corazón las atribuciones que a continuación consigna la Encíclica al Corazón de Jesús unido indisolublemente con la Persona del Verbo: «En ella y por ella está unido con su voluntad divina, y así rebosando el Corazón de Cristo de amor divino y humano, y siendo rico acaudalado de cuantos tesoros de gracias adquirió nuestro Redentor con su vida, sus padecimientos y su muerte, es sin duda la fuente perenne de la caridad, que su Espíritu derrama en todos los miembros de su cuerpo místico» (336). Semejante excelencias son manifiestamente impropias de un miembro corporal. Luego el corazón, que las comparte, será otra entidad superior, el corazón de que habla la Sagrada Escritura, el corazón afectivo formado por la voluntad y el apetito sensitivo, y tal como se adora por sí mismo, por las excelencias que aquí se conmemoran, como propias suyas y no tan sólo en él simbolizadas.

A continuación resume la Encíclica los motivos particulares por los cuales es venerado el Corazón afectivo de Jesús: «Cuando adoramos al Corazón de Jesucristo en él y por él adoramos, tanto el amor increado del Verbo Divino, como su amor humano y los demás afectos, y las virtudes, porque una y otro amor movió a nuestro Redentor a inmolarse por nosotros» (336), y ello no porque las simbolice, sino porque las posee. Las simboliza la imagen del Corazón de Jesús, que sensibiliza el Corazón afectivo.

Una huella la reconoce la Encíclica en el Corazón afectivo, la de la caridad divina que rebosando copiosamente en la voluntad humana de Jesucristo y en su sensibilidad, le movió a derramar su sangre para redimirnos (338), de que se dijo antes. «El fiel cristiano, al venerar al Corazón de Jesús, adora a una con la Iglesia, un signo y una como huella de la caridad divina, que llegó al extremo de amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano con tantas maldades contaminada» (344). La caridad divina nos amó con este divino Corazón en cuanto rebosó en la voluntad y sensibilidad de Cristo, que constituyen el Corazón afectivo.

La Encíclica se detiene en describir los componentes del Corazón afectivo, las potencias con sus actos en dos enumeraciones, que se citaron anteriormente (324, 327). Nos da un esbozo de su psicología y nos lo muestra vivo y actuante en los misterios de la vida de Cristo terrena y celestial⁸. Por tal actuación, pueden llamarse dones del Corazón de Jesús, la Eucaristía, su Madre Santísima, la Iglesia, el sacerdocio, los Sacramentos y el mismo don del Espíritu Santo (332-335). Y todavía otras excelencias del Corazón de Jesús menciona la Encíclica, que no pueden aplicarse al corazón de carne ni con él las relaciona bajo la

⁸ Cf. J. CALVERAS, S. J., *La Encíclica «Haurietis Aquas» sobre el culto y devoción al Corazón de Jesús*, pp. 35, 39, 146-154.

razón de símbolo (328, 336, 342)⁹. En todos estos pasajes la Encíclica supone un sujeto de atribuciones de las actividades afectivas y de las excelencias del Corazón de Jesús superior al corazón de carne, que silencia por completo la interpretación que, con otros, sigue el P. Filograssi.

c) Un corazón físico semejante al nuestro vindica Pío XII en el cuerpo de Cristo, al terminar la enumeración de las facultades de que estaba provista la naturaleza humana, que el Verbo de Dios juntó consigo, «como quiera que sin este excelentísimo miembro del cuerpo no puede darse la vida humana hasta en lo que toca a los afectos» (323, 324). Tal participación íntima del corazón en la vida orgánica y sensitiva, por su función de impulsor de la sangre y por ella de difusor por el organismo de las hormonas excitadoras de la reacción orgánica oportuna, la reconoce la Encíclica en el Corazón de Jesús, para fundar la razón del símbolo de la caridad del Salvador: «siendo partícipe de la vida del Verbo de manera verdaderamente íntima y aun habiendo sido empleado como instrumento de la divinidad, no menos que los demás miembros, la naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia divina y la divina omnipotencia» (333). A tan importante actuación del corazón físico el P. Filograssi sólo alude vagamente al dar razón de por qué el Corazón de Jesús es llamado símbolo natural en la Encíclica, a saber, «que tal relación tiene fundamento en las propiedades del mismo corazón físico»¹⁰. Por semejante actuación este queda incluido en el corazón afectivo, como órgano complementario del apetito sensitivo para la reacción orgánica que acompaña a los sentimientos sensibles, y en él es adorado por sí mismo, aun prescindiendo de la razón de símbolo.

Insiste la Encíclica en poner de relieve la actuación de sus latidos como manifestadores o indicadores de los sentimientos que actualmente le conmueven, a los cuales llama índices: «¿Quién podrá describir dignamente los latidos del Divino Corazón, *índices* de su infinito amor, provocados al momento de dar a los hombres los máximos dones?» (331). Por ellos el mismo corazón físico es delator o *índice* de los sentimientos, mucho mejor que el rostro: «Principalmente el rostro de nuestro adorable Salvador fue el índice y como un espejo fidelísimo de aquellos afectos que, conmoviendo en varios modos el alma, como olas que entrechocaban, llegaban a su Corazón Santísimo, y allí rompiendo lo alteraban. Corazón, pues, es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como el *principal índice*... de aquel triple amor con que ama continuamente el Eterno Padre y a todos los hombres» (327). Por este título, nuevo en los documentos pontificios, se debe particularmente culto de latría al corazón físico: «Su corazón, más que ningún otro

⁹ J. CALVERAS, o. c., 169-171.

¹⁰ COR JESU, p. 100.

miembro de su cuerpo, es índice natural o símbolo de su inmensa caridad» (316). En la razón natural de índice está el fundamento del simbolismo que se atribuye de ordinario al Corazón de Jesús. En estas dos palabras índice y símbolo, lo mismo que en la expresión de León XIII «imagen al vivo», que a continuación se citan, no ve Filograssi, sino meros sinónimos ¹¹.

d) Corazón de Cristo significa a veces, en la Encíclica, la imagen exterior, que ha de figurar en el pecho de la imagen de Jesucristo, para hacer ganar las indulgencias concedidas a quien reza ante ella, según la respuesta de la S. C. de Indulgencias ¹². En la sección dedicada a justificar las prácticas del culto, la Encíclica se ocupa del intento de esta imagen, para vindicar su legitimidad y su utilidad. Legitima su veneración parangonándola con las reliquias de la Pasión. «A la misma persona del Verbo Encarnado, como a su fin, se dirige al culto ciertamente relativo que a las imágenes se da, ora sean reliquias relacionadas con los acerbos tormentos que el Salvador pasó por causa nuestra, ora la *misma figura* (simulacrum) que las supera a todas, a saber, el Corazón traspasado de Cristo puesto en la cruz» (343). Muestra su utilidad indicando cómo prácticamente nos podemos levantar a su vista a considerar y adorar los tres amores, sensible, espiritual y divino, del Salvador unidos entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano y el sensible (343, 344).

La Encíclica menciona algunos de los rasgos simbólicos de la imagen. Cita las conocidas expresiones de León XIII, donde compara la enseña del Corazón de Jesús al lábaro de Constantino, pero omitiendo la mención de la cruz sobrepuesta: «He aquí hoy puesta ante nuestros ojos otra enseña (signum) de dichosísimo presagio y todo divina, a saber, el Sacratísimo Corazón de Jesús... brillando entre llamas con refulgente candor» (350). Insiste en el rasgo de la herida. En la última cita aducida la imagen representa el corazón *traspasado* de Cristo *en la cruz*. Con el culto del Corazón de Jesús «veneramos el amor de Dios y de Jesucristo para con el género humano, a través del augusto *signo del Corazón traspasado* del Redentor *clavado en la cruz*» (338). Tal indicación al corazón traspasado cuando Cristo pendía de la cruz no creemos que sea mera redundancia de estilo, sino indicación para precisar su objeto. La herida, rasgo simbólico de la imagen del Corazón de Jesús, fue real en su Corazón, cuando muerto ya el soldado le atravesó el costado. No la conservó en su Corazón glorificado, aunque su costado quedó abierto, como sus pies y manos. Así parece suponerlo la Encíclica: «Al Padre celestial... muestra su corazón vivo y *como herido* y *ardiendo* con *amor* más crecido que cuando lo hirió exánime la lanza del soldado romano» (337). En el corazón real de Jesús glorioso, la herida actual-

¹¹ COR JESU, pp. 98-99.

¹² Decreto de 12 de enero de 1878: ASS 10, 360-362.

mente es moral, no física. Es la herida invisible del amor, que nos descubre la herida visible recibida en la cruz y representada en la imagen simbólica de su Corazón. Otros textos todavía: «El Corazón *herido* es índice al vivo y signo del amor del divino Redentor» (311). «Los argumentos sobre los que se funda el culto del Corazón *traspasado* de Jesús» (346). El P. Filograssi, que pasa por alto cuanto la Encíclica propone de la imagen simbólica, y ni siquiera la menciona en la lista final de los elementos que componen el objeto completo del culto, y copiamos al principio, entiende la herida, tantas veces aludida, de la herida física existente en el mismo corazón del Salvador¹³.

Tal omisión de la imagen creemos que es tanto más inexcusable, cuanto que en el caso del culto al Corazón de Jesús, su empleo se requiere por doble motivo, uno general en todas las imágenes, a saber, substituir al objeto real ausente para recibir los actos particulares externos de veneración que se le tributan, y otro particular por razón de ser espiritual y no visible el objeto venerado, a saber, el corazón afectivo, a fin de darle representación sensible. Por tal motivo veneramos a los ángeles, seres espirituales bajo la figura de jóvenes hermosos y alados y al Padre Eterno, bajo la de un anciano venerable de pobladas barbas blancas con el globo del mundo en la mano, donde las formas humanas del joven y del anciano nos ponen ante los ojos a seres espirituales para que los veneremos, y los rasgos simbólicos sobreañadidos de hermosura y alas, de barbas blancas y globo del mundo, nos recuerdan sus propiedades o atributos, para que los celebremos, en los ángeles su perfección y la prontitud en su oficio de enviados, en el Padre Eterno, la antigüedad y el dominio de la divinidad. Por la misma razón en la veneración del corazón afectivo de Jesús, a saber, su capacidad de sentir y tender divina, espiritual y sensible que no cae bajo nuestras miradas en sí misma, y tiene oculto en el pecho el corazón de carne su órgano complementario, la figura del corazón puesta en el pecho de la imagen del Salvador nos pone ante los ojos a su corazón afectivo para que reciba nuestras adoraciones, y los símbolos de llamas, cruz, espinas y llaga nos recuerden su amor y sus padecimientos físicos y morales, para que su consideración nos mueva al debido retorno de amor y reparación.

Semejante figura es imagen en cuanto representa al corazón afectivo y es a la vez símbolo en cuanto por los rasgos simbólicos nos recuerda los motivos particulares de veneración. Es, pues, la imagen simbólica, hablando con toda propiedad. Se la puede llamar símbolo con expresión menos exacta, que sólo indica una parte de su cometido. En este sentido creemos que habla la Encíclica al dar cuenta de las revelaciones a Santa Margarita: «Su importancia está en que Cristo Nuestro Señor, mostrando su Sacratísimo Corazón, quiso de modo extraordinario y

¹³ COR JESU, p. 98.

singular, atraer la atención de los hombres a contemplar y honrar el misterio del amor misericordiosísimo de Dios hacia el género humano. Ya que con esta peculiar manifestación Cristo con palabras expresas y reiteradas, *señaló a su Corazón como símbolo*, que excitase a los hombres a conocer y reconocer su amor» (340). Lo señaló como *símbolo*, porque la presentó bajo la figura del corazón de carne con los conocidos rasgos simbólicos, que constituía la imagen simbólica, o símbolo de su Corazón de Dios, la cual, difundida por todas partes, había de mover el corazón insensible de los hombres.

Nótese aquí que la figura del corazón, porque representa al corazón afectivo en su totalidad, es imagen del corazón físico, pero no como una fotografía directa de él, por hablar así, que puesta sobre el pecho de la imagen de Cristo solamente nos exteriorice el corazón escondido dentro, sino a manera de composición fotográfica de más complejo alcance, representación que no puede llenar plenamente al corazón en su realidad orgánica. Para Filograssi, que coloca la finalidad manifestativa y conquistadora de la imagen simbólica en el mismo corazón de carne, la imagen exterior, mera representación suya, tiene poca o ninguna importancia, y esto puede explicar su silencio en este punto.

e) Finalmente la palabra corazón significa en la Encíclica el objeto completo del culto, a saber, el corazón afectivo, incluyendo el corazón físico, y la imagen simbólica, que los sensibiliza, como formando un solo objeto de veneración. En realidad la imagen simbólica, al dar cuerpo en cierto modo al objeto espiritual o invisible, como que lo completa para poder ser venerado con el culto exterior y así forma con él el objeto completo del culto, designado con el mismo nombre del objeto sensibilizado. De éste habla ordinariamente la Encíclica bajo la denominación Sacratísimo Corazón de Jesús o del Divino Redentor, cuando trata de su culto particular, y de él afirma sin precisar más cuanto corresponde a cualquiera de las partes que lo integran, sea el corazón afectivo o el corazón físico, sea la imagen simbólica que lo representa; y ello a veces en un mismo contexto, cambiando el sujeto de referencia. Veamos un pasaje característico en este particular. Entre paréntesis indicamos los sujetos respectivos.

«Nada prohíbe, que adoremos el Corazón Sacratísimo de Jesús, como partícipe que es (*corazón afectivo donde reside la caridad*), y símbolo natural y muy expresivo (*por la imagen simbólica*) de la caridad inexhausta, en que arde nuestro Redentor aun hoy para con el linaje humano. Porque aunque ya no está (*el corazón afectivo*) sujeto a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo vive y palpita (*con los sentimientos espirituales y sensibles hasta los latidos*), y está unido indisolublemente con la persona del Verbo Divino, y en ella y por ella con la divina voluntad. Y así rebosando el Corazón (*afectivo*) de Cristo de amor divino y humano y siendo rico acaudalado de todos los tesoros de gracias... es sin duda la fuente perenne de la caridad, que su Espíritu derrama en todos los miembros de su cuerpo místico.

Así, pues, el Corazón de nuestro Redentor (*la imagen simbólica*) representa de alguna manera la imagen de la divina persona del Verbo, y asimismo de sus dos naturalezas, a saber, la humana y la divina, y en él podemos considerar no sólo el símbolo (*la imagen simbólica*), sino también como un compendio de todo el misterio de nuestra redención (*corazón afectivo, por la parte que ha tomado con sus sentimientos*). Cuando adoramos el Corazón de Jesucristo (*corazón afectivo*), en él y por él adoramos tanto el amor increado del Verbo Divino, como su amor humano y los demás sentimientos y las virtudes, ya que uno y otro amor movió a nuestro Redentor a inmolarsé por nosotros» (33).

Con lo dicho aparece, a nuestro entender, con suficiente claridad, que no se puede tomar la palabra «corazón», en la Encíclica «Haurietis Aquas», por el corazón físico únicamente. Los textos son claros y bien entendidos, dan al contexto un sentido profundo y magnífico al documento de Pío XII, sentido que quedaría muy minimizado y casi incoherente si la interpretación fuese tan exclusivista.

2. DÓNDE SE DA FORMALMENTE LA RAZÓN DE SÍMBOLO E IMAGEN EN EL OBJETO COMPLETO DEL CULTO

Pasemos ahora a la segunda cuestión, que depende necesariamente de la primera: el simbolismo o razón formal del símbolo.

Según la Encíclica la razón especial para tributar culto de latría al Corazón de Jesús «proviene de que su Corazón más que ningún otro miembro de su cuerpo es índice natural o símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano». A continuación se añade la razón de imagen al vivo de la misma caridad, tomada de una cita de León XIII (316-317). Por otra parte, la Encíclica, al legitimar la imagen simbólica, arguye contra los que no saben ver en ella un nuevo fundamento para tributar culto de latría al Corazón de Jesús. Y recurre a la doctrina del Doctor Angélico sobre la legitimidad del culto relativo que se da a la imagen (343).

Si tomamos este pasaje, como parece lógico, como explicación o complemento del primero, el culto de latría se tributa al Corazón de Jesús de dos maneras: *por sí mismo* en cuanto es índice de los sentimientos por los latidos, y *por razón de la imagen simbólica* en cuanto símbolo e imagen. La razón de índice se encuentra formalmente en el corazón físico, como hemos dicho antes, porque los latidos lo constituyen delator o índice de los sentimientos actuales. La razón de símbolo e imagen al vivo, o de imagen simbólica, que engloba a las dos, fundamentalmente se da también en el mismo corazón relacionado con el corazón afectivo. La figura para sensibilizarlo se toma del corazón físico, porque este es una parte visible del corazón afectivo como órgano complementario del apetito sensitivo y por lo tanto parece el más indicado para una figura representativa del mismo. Por otra parte, su for-

ma bien definida y proporcionada se presta más a una apropiada estilización. En esto aventaja al pecho y a las entrañas, que han dado nombre asimismo al corazón afectivo; porque en ellos repercuten también los sentimientos sensibles. La controversia parece ceñirse a si también la razón de símbolo e imagen se dan en el mismo corazón físico o en la imagen representativa.

Nótese bien la cuestión y en qué estriba la diferencia de opiniones. El P. Filograssi, con otros, dice: El corazón que pintamos sobre el pecho de Cristo representa el corazón de carne que estaba dentro de su pecho y que no aparecía por fuera. El P. Calveras afirma: El corazón que pintamos sobre el pecho de Cristo no representa formalmente el corazón de carne que latía dentro y que no vemos, sino que representa formalmente los afectos de Cristo, o lo que es lo mismo, el corazón ético de Cristo, no el corazón físico.

Tal vez haya algo de confusión terminológica o falta de precisión en algunos. Para el P. Calveras el corazón físico es un símbolo *fundamentalmente*, pero no *formalmente*. Para él, el corazón pintado representa la vida afectiva, no precisamente el órgano material del corazón físico. Esta vida afectiva se habría podido representar igualmente por un pecho. En cambio al P. Filograssi le parece que esta «sentencia es singular y rara (sat miram), porque no tiene ningún fundamento en la Encíclica»¹⁴. Por su parte afirma: «Ni se puede sostener la otra opinión, según la cual la razón de símbolo o es elemento no necesario, o no mira al corazón físico, sino más bien a sus imágenes externas y fabricadas (artefactas)¹⁵.

Creemos que esta conclusión tajante del P. Filograssi es un tanto exagerada. No opinan como él otros autores ponderados. En la misma obra en que apareció su trabajo, leemos estas palabras del P. K. Rahner: «Esta concepción de símbolo [la que sostiene el P. Calveras] fue estudiada y desarrollada previamente, y aplicada luego al Corazón de carne de Cristo; de donde resulta que, por sí misma, esta teoría de Lercher, Solano, etc., se puede aprobar y declarar, sin dificultad alguna, conforme a la Encíclica al hablar del corazón como símbolo»¹⁶. Y, como decíamos al hablar del objeto del culto al Corazón de Jesús, también aquí podemos opinar que el sentido pleno de la Encíclica mejor cuadra tomando el corazón pintado sobre el pecho de Cristo como símbolo de toda la vida afectiva del Redentor, que no como mero símbolo del corazón físico o de carne.

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

¹⁴ COR JESU, p. 112 nota.

¹⁵ COR JESU, p. 112.

¹⁶ COR JESU, p. 504.